

## **Autorización y la atención clínica de niños**

En los inicios de mi práctica y por diferentes vicisitudes, me fueron llegando pacientes que superaban los 20 años, incluso algunos adultos mayores, pero el encuentro con niños no sucedió hasta que un hecho puntual lo possibilitó. Me refiero a un cambio en mi posición: una autorización y un reencauzamiento de mi deseo como analista.

Lacan, en el Seminario 21, Clase del 09-04-74, plantea que “El analista no se autoriza más que por sí mismo.” ( p.133), más adelante dirá “...porque al autorizarse solo por sí mismo, él no puede con ello sino autorizarse también por otros.”

A partir de esta frase es lícito preguntarnos, ¿qué se entiende por “autorizarse por sí mismo”? ¿En este sentido es el título de Lic. en Psicología, un posgrado o la especialización, lo que nos da cierta garantía para poder atender?

Creo, que es el analista el que se autoriza en su inconsciente, es decir, atravesando una experiencia de analizante que le permite dar lugar al saber no sabido, por lo que la autorización es un acto que se sostiene en la castración, el significante de la falta en el Otro. El analista debe de haber atravesado parte de un análisis para poder ubicarse en cierta posición, porque de eso se trata, de poder ponerse en cierto lugar o, como plantea Rubinstein en su texto “Entrevistas Preliminares y Efectos analíticos, “Lo esencial de la posición del analista tal vez sea, su versatilidad para situarse como objeto de la transferencia.” Esto es, que el analista puede mantener su posición de objeto, de semblante, para que esto le posibilite sumirse a la posición subjetiva del analizante, permitiendo el surgimiento del sujeto del inconsciente.

En este sentido autorizarse va de la mano de lo posible del propio análisis y del tiempo lógico en el encuentro con cada analizante. La intervención del analista es decisiva respecto de la posibilidad de que aparezca, para el sujeto, la dimensión del inconsciente.

Fue en esta senda del trabajo de mi análisis, de mis puntos ciegos, donde mi deseo pugnaba por recorrer un nuevo sendero, que me llegó la solicitud de atención de un niño.

La primera frase que me vino a la cabeza es una que si bien Lacan, en un primer momento, la circunscribe a las psicosis, luego la hace extensiva al análisis de niños: “La dependencia del niño a sus otros se presenta como significante ya desde un estadio increíblemente precoz de su desarrollo, no es este un hecho ante el cual deba el analista retroceder”. Posee plena aplicabilidad a este caso, “no retroceder ante”, frase que reencontré luego en un libro de Pablo Peusner, me ayudó en los inicios, donde el “sufrimiento de los niños se analiza” y es abordado en tanto valor estructural-necesario, fundante de una relación parental a la vez que de una subjetivación de ese cuerpo biológico que más tarde llamaremos niño. El niño es analizado y propuesto como agente del sufrimiento en el Otro y a la vez como objeto del sufrimiento, pero no por ello hay que retroceder ante él.

Otro libro que me permitió y permite reflexionar es el de Alba Flesler, que propone que el niño llega a existir gracias a la significación que guarda para el otro en la estructura del ser humano, también -dirá- para los analistas. Es a partir de su lectura que llegué a preguntarme ¿qué es un niño para mí, y para el psicoanálisis? Gracias a esta pregunta y a

sus diferentes respuestas fue que no solo logré pensar el objeto del psicoanálisis en esta circunstancia (la de la llegada de un niño al análisis) sino en su alcance definitivo: el objeto del análisis es el sujeto. Entonces dirá la autora: “El psicoanálisis atiende al niño, pero apunta a un sujeto”, que no es infantil, adolescente o adulto, sino sujeto de la estructura, del lenguaje, que posee tiempos más allá de su edad cronológica. Para mí éste no es un sujeto acabado, sino en constante formación.

Un sujeto tocado por el lenguaje es un sujeto que ha perdido goce, ha perdido el objeto “natural” de su satisfacción, y ha perdido el acceso directo a lo real, ya que todo goce estará mediatizado por el lenguaje; pero a la vez, se ha vuelto deseante.

Creo que poder reflexionar sobre mi posición de analista y mi deseo, sobre el sufrimiento de los niños y el de los padres, o figuras adultas, que son los que demandan la atención de los niños, y pensar el objeto del psicoanálisis en tanto que apunta a la aparición de un sujeto y su verdad puesta en juego en el espacio analítico, o sea la posibilidad de analizar su sufrimiento, leer la verdad del sujeto que el síntoma porta, me permite hoy por hoy seguir apostando a esta práctica, superar mis propios límites y autorizarme una vez más.

Lic. Florencia Fracas